

“DONDE LA TIERRA SE CIERRA SOBRE LOS VIVOS”

Villares (Ibias), octubre de 1910. Amanece en aquella villa en la víspera de Todos los Santos. El humo de las chimeneas invade el ambiente húmedo y de otoño. En lo alto y alejado, el cementerio se tiñe de melancolía bajo la luz malva del alba. Las mujeres, vestidas de luto, cruzan la verja oxidada que cruje al abrirse. Es la tradición: ellas acuden a limpiar las tumbas, mientras los hombres beben orujo en el chigre. Las viudas, madres e hijas arrancan las malas hierbas, retiran la hojarasca, rezan entre lágrimas y colocan flores frescas para avivar el recuerdo de los que ya se fueron. Muchos, mineros. Muchas, mujeres abandonadas a la caridad tras perderlos.

Una semana después, el dolor sigue. En noviembre, las oraciones se mezclan con llantos, mientras ellos juegan a las cartas. Las mujeres presienten otra tragedia. Como una sombra, el miedo avanza. Y vuelve el estremecedor silbo de la desgracia: una explosión de grisú y un derrumbe en la Mina Miura. La bruma no es niebla, es polvareda de hulla; los lobos no aúllan, pero el peligro es real. Las galerías se hunden y los cuerpos quedan atrapados.

El desconsuelo se apodera de ellas. Arremolinadas en la bocamina, buscan calor ante la incertidumbre. Esperan noticias, un rumor, una palabra... Ansían abrazos que disuelvan el miedo. A su lado, mineros heridos y tiznados tampoco se marchan. María llora. Su marido, enfermo y amargado, la mira con desprecio, culpándola. Nunca le preguntó a su hijo si temía la mina, si le dolía empujar las vagonetas o lavar el carbón que le destrozaba las manos. Sólo bebe y maldice. Ella se lo echa en cara, sin temor.

Gritos y sollozos anuncian lo peor. Manuel, el novio de su hija, sale llorando. No hace falta hablar. María corre. Se derrumba sobre el cadáver. Su dolor es feroz. Manuel intenta arrancarla, pero no puede. Más fácil sería arrancar carbón de la roca. El cuerpo es subido a la camioneta. María, entre lágrimas, besa al joven y le promete que vestirá a su hija con el vestido de boda que cosió a la luz del candil, ahora convertido en mortaja.

LUNALUZ (17 AÑOS)

